

Ana Alonso

Juana Sin Miedo

Ilustraciones
de Ester García

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2011

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2011

© De las ilustraciones: Ester García, 2011

© De las fotografías de cubierta: Pérez de Tudela/Anaya
y Getty Images

© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya
(6x6 Producción Fotográfica; Cruz, M.; Pozo, M.; Rivera Jove,
V.; Rossi, J.; Ruiz, J.B.; Sanz, C.; Valls, R.; Zuazo, A.H.)

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.anayapizcadesal.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-9507-4

Depósito legal: M. 4854/2011

Impreso en Anzos, S. L.

28942 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Juana Sin Miedo

Ilustraciones
de Ester García



ANAYA



En el reino de Nadir no existían los animales mamíferos. Había moscas, ranas, canarios, gorriones y hasta serpientes, pero no había ningún animal mamífero. Y esto era así por culpa de la caza.

Durante muchos años, los nobles de Nadir se habían dedicado a cazar mamíferos salvajes, desde leones hasta ciervos. Cazaron tantos que no dejaron ninguno.

Y entonces se dedicaron a cazar mamíferos domésticos: vacas, caballos, ovejas... Al final, tampoco quedó ninguno de aquellos animales.

Pasó el tiempo y la gente se fue olvidando de los mamíferos. A veces leían sus nombres en los libros antiguos y creían que se trataba de seres inventados, como los dragones y las sirenas. Se los imaginaban como unas criaturas terroríficas, y los mayores los usaban para asustar a los niños pequeños.

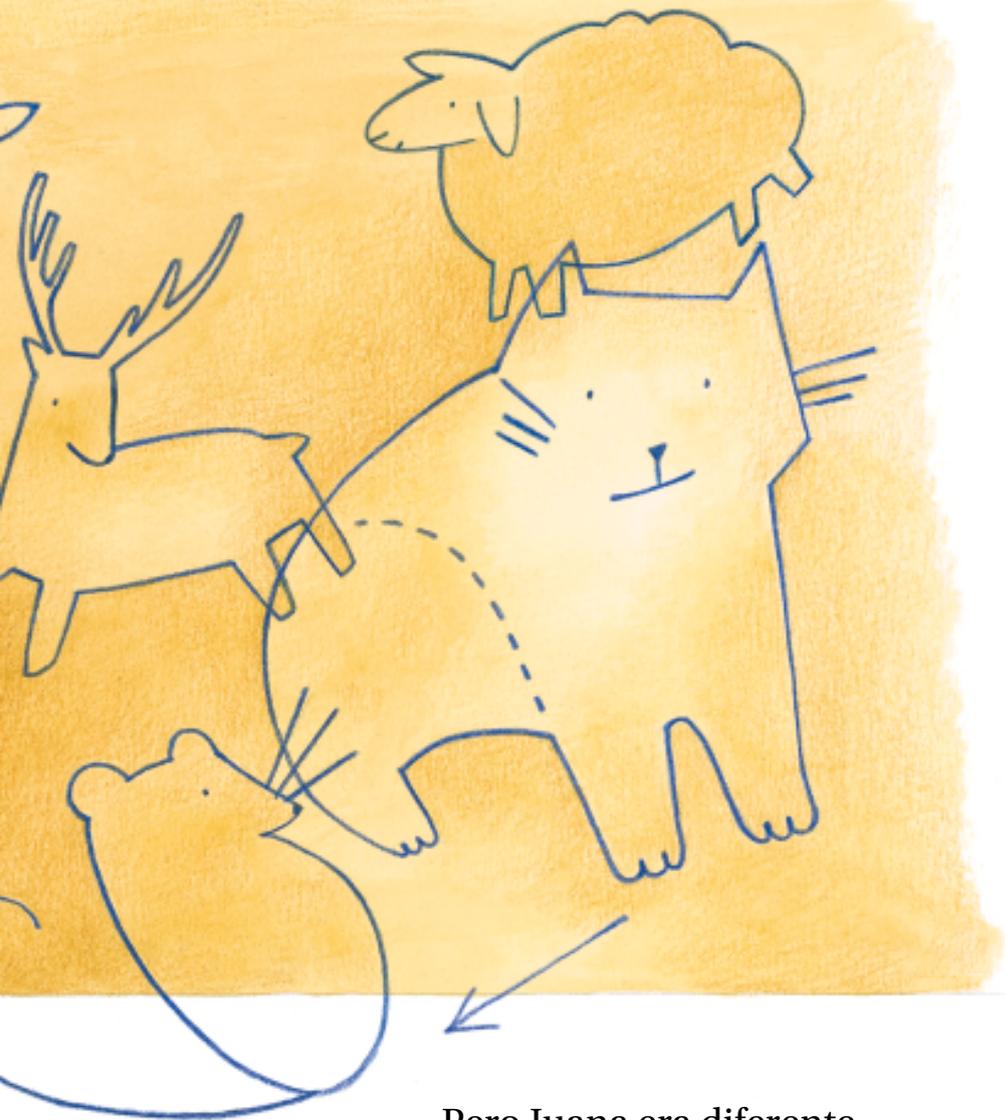
Por ejemplo, si un niño no quería irse a la cama, sus padres le decían: «¡A la cama, que viene el gato!».

Y, si se negaba a comerse la sopa, le decían: «¡Si no te comes la sopa, vendrá la oveja y te llevará!».

Por eso los niños tenían mucho miedo a los mamíferos, y creían que eran monstruos.







Pero Juana era diferente.
Ella no los temía. Había leído un
montón de cosas sobre ellos, y estaba
convencida de que existían de verdad.

—¡Estás chiflada, Juana! —se burlaba su hermano—. ¡Te crees todo lo que ponen esos viejos libros! ¡Cualquier día dirás que las estrellas son tan grandes como el sol, y que la luna no está hecha de queso, sino de rocas!

—Es que es verdad —contestaba Juana muy seria—: las estrellas son tan grandes como el sol, solo que están mucho más lejos y por eso se ven tan pequeñas. Y la luna no está hecha de queso, sino de rocas. Lo he leído hace poco.



—Sí, claro. Y también creerás en los perros y en los ratones. ¡A quién se le ocurre! Animales cubiertos de pelo... ¡Menuda tontería!

—Pues existen —insistía Juana—. Tienen pelo en todo su cuerpo, y dan de mamar a sus hijos, y no ponen huevos, sino que sus hijos crecen dentro de las madres hasta que nacen... ¡Lo he leído en los libros!

Al oírle decir esas cosas, los padres de Juana la miraban con lástima, y luego se miraban entre ellos como diciendo: «No hay nada que hacer. Nuestra hija es un caso perdido».

Juana, entonces, se ponía muy triste: «¿Y si todos tienen razón menos yo? —pensaba—. Y si todo lo que está escrito en esos viejos libros es mentira? ¡Ojalá hubiese una forma de averiguarlo!».